

www.elboomeran.com

CHRISTIAN SALMON

La ceremonia caníbal

Sobre la performance política



19

EDICIONES PENÍNSULA

BARCELONA

Título original: *La cérémonie cannibale. De la performance politique*
© Christian Salmon, 2013

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47). Todos los derechos reservados.

Primera edición: septiembre de 2013
© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2013
Ediciones Península,
Peu de la Creu 4, 08001-Barcelona.
info@edicionespeninsula.com
www.edicionespeninsula.com

VÍCTOR IGUAL · FOTOCOMPOSICIÓN
EGEDSA · IMPRESIÓN
DEPÓSITO LEGAL: B-15.693-2013
ISBN: 978-84-9942-253-4,



À LA MÉMOIRE DE
MANUEL FERNÁNDEZ-CUESTA

Escribo estas líneas unas horas después de la muerte de Manuel Fernández-Cuesta. Era mi editor en España. Se había convertido en mi amigo. Él fue quien me pidió que escribiera *La ceremonia caníbal* y suyos son sus derechos mundiales. Una elección que me enorgullecía y me convertía en un escritor casi español, por así decir. Sin él, este libro no existiría, lo cual no tiene ninguna importancia, preferiría mil veces que existiera él, Manuel. Porque tenía una fuerza tan vital y estimulante como la que ningún libro podrá tener jamás. Dirán de él que se trataba de un gran editor, pero creo que puedo decir que a él le importaba un pimiento. La edición, para él, era como el compromiso político, una empresa de transformación activa. Algunos piensan que se escriben libros porque la vida no basta para realizar nuestras expectativas. Mediocres vividores. Estoy convencido de lo contrario, es porque la vida nos desborda por su hermosura, por los deseos que despierta, por sus dolores también y sus ideas, por lo que nos obliga a escribir. «Hay más ideas sobre la tierra —decía Michel Foucault— que las que los intelectuales a menudo imaginan. Y estas ideas son más activas, más fuertes, más resistentes y más apasionadas de lo que pueden pensar los políticos. Hay que asistir al nacimiento de las ideas y a la explosión de su fuerza. Y esto no en los libros que las



enuncian, sino en los acontecimientos que manifiestan su fuerza, en las luchas que se llevan a cabo para las ideas, por o contra ellas. No son las ideas las que mueven el mundo. Precisamente porque el mundo tiene ideas (y porque produce muchas sin cesar), no es conducido de manera pasiva según los que lo dirigen o los que querrían enseñarle a pensar de una vez para siempre». A Manuel le gustaba este texto que puse como exergo en mi blog de Mediapart.

Los libros no son otra cosa que este arrebatado, este entusiasmo. El hacha, como decía F. Kafka, que rompe el mar helado que hay en nuestro interior. También podríamos decir: la ola que se lleva el dique erigido para contenerla. Los libros no son nada si no los mueve ese desbordamiento. Manuel, por su historia familiar, por su inteligencia y su sensibilidad, tenía dentro esa fuerza de desbordamiento. Se desbordaba de ideas, de proyectos, de amor a la vida. No publicaba solo libros, creaba mundos posibles y los poblaba a su antojo como buen gigante. Nuestros libros son ese pueblo.

Tenía una novela familiar que escribir, una ficción mayor que la historia dividida de España, franquista por el lado paterno, comunista por el materno. Francomunista. Yo le apremiaba a escribirla. Rechazaba la idea con un gesto cansado. Algo demasiado personal. Me llamó por teléfono la víspera de su muerte para anunciarme el fin de la aventura de Península. No se quejaba. Me dijo que por fin tenía un poco de tiempo para ver venir las cosas.

Convinimos seguir juntos, pasara lo que pasara.

París, 12 de julio de 2013.

CHRISTIAN SALMON

El punto más intenso de estas vidas, aquel en que se concentra su energía, radica precisamente allí donde colisionan con el poder, luchan con él, intentan reutilizar sus fuerzas o escapar de sus trampas.

MICHEL FOUCAULT

La vida de los hombres infames





De la insoberanía

Preámbulo





Un antiguo ministro de Finanzas, dirigiéndose a los mil quinientos altos cargos de Bercy,¹ evocó un día de noviembre de 1998 la hipótesis de una desaparición del Estado: «Si la hipótesis más sombría, la del declive del Estado, se produjera, ustedes serían, nosotros seríamos, las principales víctimas. Ver desaparecer poco a poco esta capacidad del Estado para ser eficaz sería, estoy seguro, para todos nosotros, una manera de desmoronarnos sobre nosotros mismos».²

La fórmula es sorprendente. Establece un vínculo entre el declive del Estado en la era neoliberal y la suerte de los gobernantes, es decir, el personal político y la alta Administración, que se verían abocados, debido justamente al debilitamiento del Estado, a una especie de autoextinción histórica, definida aquí como una manera de «desmoronarnos sobre nosotros mismos». En efecto, no faltan señales, desde hace treinta años, que muestran ese proceso de autodevoración del *homo politicus*.

1. Sede del Ministerio de Finanzas en París. (N. de la T.)

2. Citado por Vincent Giret, *Libération*, 19 de febrero de 2013.

En el centro de este proceso de deconstrucción de la función pública, una doble revolución: la pérdida de soberanía de los Estados, vaciada poco a poco de su contenido por la revolución neoliberal y por la revolución tecnológica de los medios de telecomunicación, que sustituye el ritual y el protocolo de las apariciones del soberano por la telerrealidad del poder. El hombre político se presenta cada vez menos como una figura de autoridad, alguien a quien obedecer, y más como algo que consumir; menos como una instancia productora de normas que como un producto de la subcultura de masas, un artefacto a imagen de cualquier personaje de una serie o un programa televisivo...

La condición política se ha remodelado profundamente desde hace treinta años bajo el efecto de la revolución neoliberal iniciada a principios de los años ochenta por los gobiernos de Ronald Reagan en Estados Unidos y de Margaret Thatcher en el Reino Unido, que proyectaron el fin del Estado providencia y el abandono del modelo keynesiano que había inspirado las políticas de todos los Gobiernos occidentales de posguerra. La revolución neoliberal, que ha implantado un programa de «debilitamiento» del Estado, se vio reforzada a partir de la década de 1990 por la revolución digital, la televisión por cable y el desarrollo de Internet, que revolucionaron las condiciones sociales y técnicas de la comunicación política. A partir de los años noventa, la conjunción del nuevo ideal-tipo político inspirado por los valores gerenciales del neoliberalismo y de la tele-presencia permanente, organizada por las cadenas de información continua, explica la aparición de una

nueva generación de políticos, desde Clinton hasta Sarkozy pasando por Bush hijo, Blair y Berlusconi..., personalidades tan distintas que no permiten emparentar ni su orientación ideológica, ni su programa político, ni siquiera la famosa «historia» personal en cuyo nombre son elegidos... En este libro, he intentado esbozar el retrato colectivo de esta nueva generación; no en la encrucijada de las biografías personales que tanto encantan a los medios de comunicación, sino a partir de una ecuación común, una forma de destino común —neoliberal, por fuerza neoliberal—, que califico de condición o de función *neopolítica*. Esta condición se caracteriza por una crisis general de la confianza y de la representación; la crisis de las deudas soberanas no es más que un aspecto de ella, que oculta muchos otros: crisis de la soberanía del Estado, crisis de la palabra del Estado, crisis de la firma del Estado... Esta crisis se manifiesta en todas las democracias occidentales, pero se ve reforzada en Europa por lo que acostumbramos llamar la «construcción» europea, que se parece cada vez más a una «deconstrucción» de la soberanía.

La soberanía se apoya en una doble realidad: el poder y un dispositivo representativo; una potencia de actuar, de ser eficaz, y un cierto simbolismo del Estado. Esta doble realidad es lo que la construcción europea ha dislocado. La pareja que constituían el poder y su dispositivo de representación se ha partido en dos: por un lado, una burocracia anónima (instalada en lo lejano, en Bruselas o Estrasburgo, en unas arquitecturas complejas); por el otro, unos políticos desarmados, un rey desnudo. Por un lado, decisiones sin rostro; por el

otro, rostros impotentes. Por un lado, una acción sin representación percibida como no democrática; por el otro, una representación sin poder. Resultado de esta dislocación: la acción se percibe como ilegítima y la palabra ha perdido toda credibilidad. Es la paradoja de lo que Wendy Brown ha calificado de «desdemocratización»;³ y que por mi parte llamo «insoberanía».

Cuando el rey está desnudo y el poder es impotente, ¿en qué consiste el ejercicio del Estado, el hecho de gobernar, sino en jugar deliberadamente con las apariencias? La explosión de las redes sociales como Twitter, las cadenas de todo-información, han pulverizado el tiempo político. La carrera por la movilización de las audiencias se ha acelerado. Vivimos en una ebullición informacional que prohíbe cualquier distanciamiento, toda deliberación. La función periodística se ha deportado de sus misiones originales —la investigación, el reportaje, el análisis político, en resumen, la información— hacia una descodificación que apunta a descubrir bajo las apariencias engañosas de la vida política la verdad de un cálculo, los resortes de una historia, el secreto de un montaje narrativo. Sondeos y descodificación son las dos facetas de la política en la era de la insoberanía, la cara y la cruz de una democracia sin referencias, sin fronteras, sin sustancia, desorientada, guiada por unos dirigentes que merecen ser calificados de desdemócratas tanto como de insoberanos.

El *storytelling* de los políticos y su descodificación

3. Wendy Brown, *Les habits neufs de la politique mondiale*, París, Les Prairies ordinaires, 2007.

compulsiva por aquellos que William Safire calificaba de *politterari*⁴ se han convertido así en unos años en las dos ubres de una democracia hechizada que ha sustituido la acción por el relato, la deliberación por la distracción, el *state craft* (el arte de gobernar) por el *stage craft* (el arte de la puesta en escena).

La política ha pasado de la edad de la justa, del debate, de la discusión y del *dissensus*, a la de lo interactivo, lo performativo y lo espectral. Del *storytelling* a la *performance narrativa*, de la diversión a la devoración de las atenciones. La comunicación política ya no apunta solo a formatear el lenguaje, sino a hechizar las mentes y sumirlas en un universo espectral del que los políticos son a la vez *performers* y víctimas. Son ellos quienes presiden esta ceremonia caníbal en que se ha convertido la vida política. Son devorados por su propia devoración. Este libro quiere describir su condición inconfortable; lo he escrito dividido entre una cierta admiración por los *performers* y una auténtica compasión por las víctimas. Por una feliz coincidencia, resultan ser los mismos: Kafka los llamaba *artistas del hambre*.

4. William Safire, «The new story of “story”, and make sure it’s coherent», *The New York Times*, 5 de diciembre de 2004.